

Excavaciones en Navarra

UNA PROSPECCION EN LOS POBLADOS DE ECHAURI

Continuado los trabajos arqueológicos que la «Institución Príncipe de Viana» nos tiene encomendados, el pasado verano de 1943 dedicamos unos días y algunos jornales a estudiar rápidamente los restos que se conservan en el término de Echauri, una de las pocas localidades del Centro-Norte de España cuyo nombre suena en nuestra Edad del Hierro.

Servíanos de estímulo y guión la colección de armas y herramientas de hierro, conservadas en el Museo de la Cámara de Comptos de Navarra, que en 1921 el profesor Bosch Gimpera dió a conocer en su artículo «Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica» (1) y luego fueron repetidamente publicadas. Hallazgo casual que el autor del trabajo suponía procedente de una necrópolis céltica, tales objetos conservaban dos etiquetas de hallazgo, ambas sin fecha, que decían «Armas romanas halladas en Echauri al hacer la carretera de Pamplona» y «Restos de armas halladas en el fuerte de Echauri».

Con tan imprecisas noticias visitamos aquella localidad donde ni la memoria de los más ancianos recordaba tal hallazgo, ni había en el pueblo o sus inmediaciones huella de fortaleza medieval o moderna denominada «El Fuerte». Sólo en la próxima aldea de Ibero, cruzada también por la carretera de Pamplona, hay junto al río un viejo caserón aún habitado, poblado de ventanas saeteras, al que designan con tal nombre, pero aunque extremando la precaución hicimos en sus inmediaciones

(1) Bol. de la Sociedad Esp. de Excursiones. Tomo XXIX, 4.º trimestre 1921, págs. 248-301. El material de Echauri se reproduce en las láms. I-IV de dicho tomo, suponiéndolo procedente de una necrópolis perteneciente al primer período post-hallstático. Cf. p. 265 y nota 2.

algunas catas, éstas resultaron infructuosas y tampoco allí se recuerda que hayan aparecido antigüedades.

Por las preguntas hechas a las autoridades y campesinos, pudimos solamente confirmar la existencia de un yacimiento neolítico en la cumbre de la sierra (2); saber que en una grieta del terreno, sobre la Peña Roya, se había encontrado un cadáver con una punta de flecha de pedernal; que en 1940, en «la cantera» lindante a «la calera» apareció otro cadáver y con él un pequeño vaso cerámico moreno y liso que está en poder del señor Maestro de Echauri y en «la cantera» un hacha de 8 cms. de longitud (lám. X, h), tipo del primer período de la Edad del Bronce que fué por él donada al Museo de Pamplona; y que en 1941, en «la calera» se halló otro esqueleto, junto al que había dos vasillos cerámicos, uno liso atulipanado, de barro moreno ordinario hecho sin torno (Lám. XII A.), que D. Zacarías Jáuregui donó también al Museo, y otro en poder del farmacéutico de Pamplona señor Navascués. Por último, pudimos averiguar que a fines del siglo pasado, en una heredad entre las últimas casas del occidente del pueblo, la carretera y el cementerio, distribuidos irregularmente, habían aparecido cadáveres inhumados y sin ajuar, lo que nos movió a practicar algunas infructuosas calicatas.

Echauri, de alegre caserío donde con aire de fortaleza destacan viejas casonas que vuelan sobre canes el tramo superior, está habitado por gentes sencillas que no logran explicarnos el significado de la multitud de topónimos vascos que pueblan sus campos. El vascuence sin duda se habló aquí en el siglo pasado, pero hoy ni uno solo de estos amables campesinos le recuerda, aún cuando se complacen en decir San Kiriako a la ermita ruinosa donde por penosa cuesta suben en romería una vez cada año y llaman Leguin y Leguin Chiqui a los cerros cuya silueta nos pareció propicia para lugar de habitaciones prerromanas y adonde hubimos de caminar en busca de antigüedades.

(2) Que ya conocíamos por D. José Uranga, que le visitó acompañando al Profesor Obermaier, y al cual se refiere Bosch Gimpera en su «Etnología de la Península Ibérica», pág. 74.

El pueblo de Echauri está emplazado al pié de la ladera Norte que cierra un ancho valle por donde corre el Arga poco después de su unión con el Araquil, valle fértil, de abundantes y variados cultivos, que pronto se cierra estrechando el lento discurrir del río que marcha hacia Puente la Reina mientras la carretera asciende por ásperas cuevas camino de Estella. En esa difícil ladera de la sierra de Sarvil, de penosísima subida, en el kilómetro 15 de la carretera de Estella, se suceden una cantera en explotación, una calera abandonada y, cerca de la cumbre, en un callejón como de 20 m. de anchura formado por dos inmensas paredes de rocas verticales como de 80 y 50 m. de altas, (lám. I, A) después de ascender una pendiente quizá de 30°, la humilde ermita de San Quiríaco. Pocos lugares en Navarra, tan abundante en parajes pintorescos, llegan a tener ¡a salvaje grandeza de este pasillo consagrado a San Ciríaco.

Pero poco después y caminando al Este, la sierra va perdiendo altura, la pendiente se hace menos violenta y más allá del pueblo, entre los kilómetros 12 y 13, forma dos suaves montecillos a los lados del camino, los de Leguin y Leguin Chiqui (lám. I, B) y algo más allá, frente a Ibero, en una cumbre cuyo pie baña el río, se alza también un monte no muy alto denominado Santo Tomás. En un tramo de eje poco mayor de 3 kms. hemos podido hallar restos de cuatro aldeas prerromanas coetáneas, en San Quiríaco, en Leguin, en Leguin Chiqui y en Santo Tomás.

SAN QUIRIACO.—Entre la línea exterior de la cumbre de la sierra de Sarvil y la carretera de Estella que corre paralela, media en plano poca distancia, quizá menos de 200 m., pero en altura hay casi la misma diferencia, lograda primero por un talud muy pendiente y después por un corte vertical, y al final del primero es donde se explota la cantera en cuyas grietas han aparecido las sepulturas de que antes hicimos mención. Entro ella y la ermita de San Quiríaco y a partir de ésta, al hacer recientemente plantaciones de pinos, aparecieron gran número de hierros que la incuria campesina ha dejado perder y junto a tales plantaciones hemos verificado en el verano último, durante cinco días, una serie de catas anchas y tan profundas como el terreno consentía (unos 50 ctms. hasta el suelo rocoso) en que se hallaron los tuestos cerámicos que estudiaremos más adelante

con los procedentes de los restantes yacimientos, exactamente de industria igual y coetánea.

Parece tratarse de un poblado sin rastro de muros, como si le formaran cabañas de madera (aunque la abundancia de piedras aparenta contradecirlo) y en lugar no fortificado por obra humana de carácter permanente. Acaso sus habitantes tuvieron suficiente defensa con lo abrupto del terreno y el resguardo del corte vertical de la montaña, y dada la gran profundidad del llano del río, el verdadero lugar de paso, no sintieron necesidad de resguardos artificiales o, lo que es menos fácil, en esta rápida pendiente las piedras de viviendas y defensas han desaparecido rodando ladera abajo; pero es lo cierto que ni las hallamos ni percibimos restos de su traza, no obstante la gran longitud del yacimiento y ser en superficie casi tan extenso como los poblados de que seguidamente trataremos. Alguna zanja hecha por bajo de la carretera resultó estéril; otras, entre la plantación de pinos inmediata a la carretera, permitieron hallar un regatón de lanza de hierro (lám. X, g) y los mismos tipos cerámicos; en la explanada donde asienta la ermita de San Quiríaco se encontraron los mismos tiestos cerámicos y en lo alto de la cuesta, al pie de la visera rocosa, también los mismos tipos y en igual proporción, aunque con menor densidad. Todo parece pues acusar una extensión mínima que va desde la carretera al corte vertical de la montaña y desde la ermita hasta la cantera, por tanto una superficie como de 4 hectáreas en que sin continuidad aparecen restos arqueológicos.

Imposible resulta recordar la diversidad de hallazgos de esta zona. Los cadáveres aislados en simples hoyos, datados por alguna punta de flecha de pedernal neoeneolítica como el hacha plana de cobre que reproducimos, y que según nos dicen fueron encontrados en la cantera misma, bajo masas de roca que han debido producirse por corrimiento de ladera; la cerámica de la segunda Edad del Hierro que hemos hallado por excavación, donde aproximadamente aparecen restos como un 10 % de vasos rojos hechos a torno y un 90 % de barro moreno y pasta ordinaria hechos a mano y entre los que hay una pequeña parte de otros también morenos, sin tornear, finos y pulimentados; y algún objeto a todas luces romano, cual la llave de bronce que también publicamos (lám. X, f), curioso ejemplar nada frecuente, que sin duda perteneció a un mueble, tipo distinto a las de

hierro no sólo por el menor tamaño que el material permite, sino por la articulación angular de los dientes que en las de hierro suele estar en plano, esta hallada en 1942 en «La Arbonada», encima de la cantera, en unión de una moneda de Constantino y donada al Museo de Pamplona por D. Nicanor Irisarri.

Esta diversidad de objetos parece indicar que el yacimiento prehistórico de la cumbre dió lugar a la dispersión de los hallazgos esparcidos por la ladera, que después la vertiente de San Quiríaco fué habitada en fecha próxima a la conquista romana, y que en tiempos imperiales, acaso en razón a explotar la cantera misma, hubo en aquellos parajes algún núcleo de obreros cuyos restos de viviendas no hemos encontrado, o que son huellas de algún acto de violencia cometido contra los viajeros romanos.

EL CASTRO DE LEGUIN.—A los lados de la carretera de Pamplona e inmediato a ella, en los kms. 12-13 y justamente sobre el punto en que allí se unen los términos municipales de Echauri e Ibero, queda al Sur el poblado de Leguin y al Norte el cerro de Leguin Chiqui, este último emplazado en el último espolón de la sierra de Sarvil.

El cerrete de Leguin es una eminencia aislada que domina por el Sur en corte casi vertical de unos 50 metros de altura la extensa vega donde se unen el Araquil y el Arga y en el resto se recorta con pendiente menos violenta y altura como de 30 m. En un escalón del ángulo SE. hay una cueva que hace pocos años destrozaron con barrenos y obstruyeron con los desprendimientos para evitar que continuara sirviendo de refugio de maleantes.

Aquí hemos invertido dos días de trabajo para conocer la extensión del poblado, descubrir algún tipo de vivienda y recoger tuestos que contribuyan a clasificarle.

La cumbre de Leguin es alargada con tendencia rectangular, mide 135 y 55 metros en los ejes mayores y aproximadamente 7.500 metros cuadrados de superficie (fig. 1). Nada en el perfil acusa restos de fortificaciones ni por excavación en los bordes de la cumbre hallamos sus huellas, lo que unido a no aparecer ruinas de viviendas ni siquiera fragmentos cerámicos al practicar zanjas exploratorias en sus laderas, mientras en toda la cima afloran con cierta abundancia, hace pensar que sólo

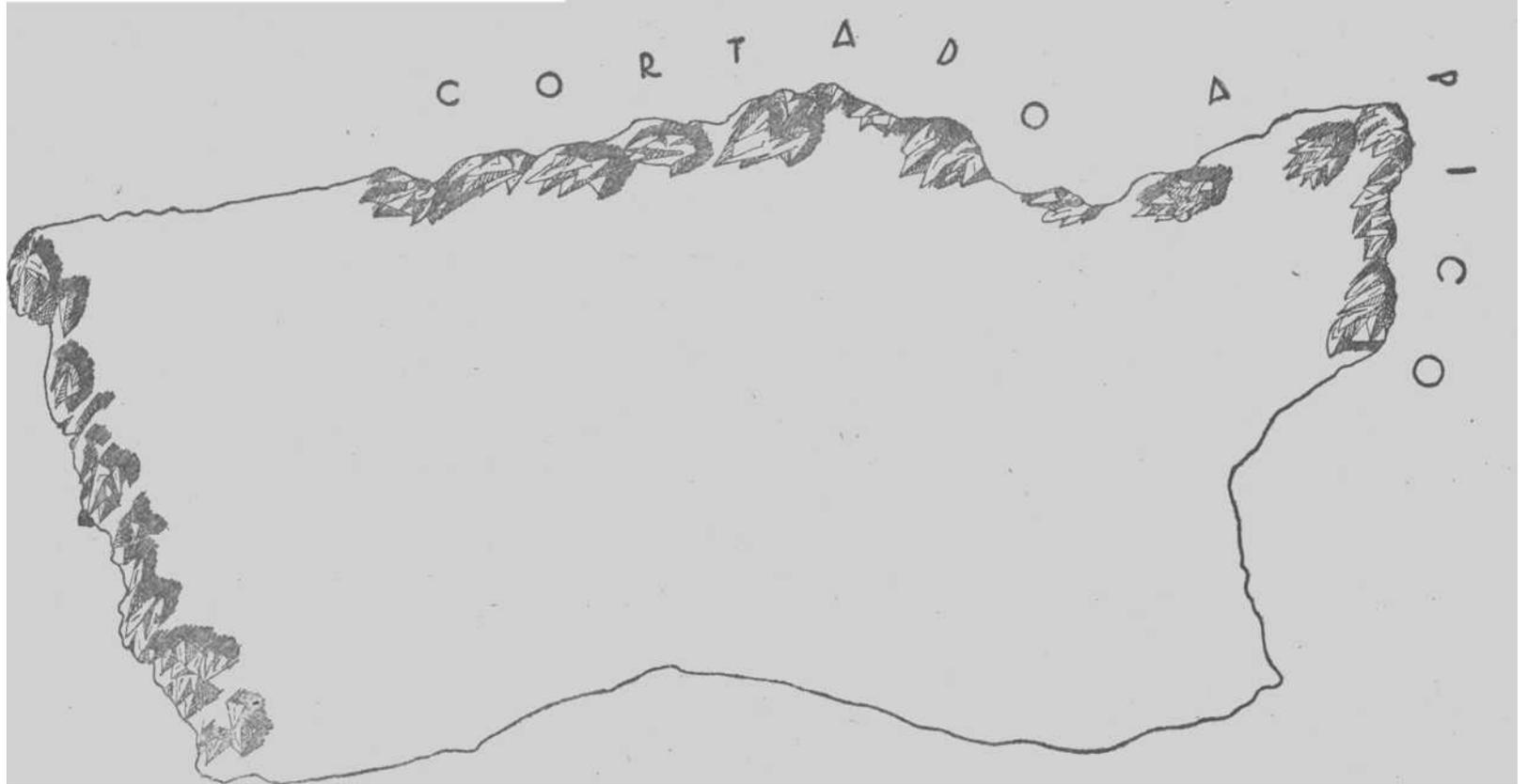


Fig. 1.—Croquis del castro de Leguín. — Escala 1 :722

ésta fué habitada, que el poblado ocupó menos de una hectárea y que no tuvo fortificaciones, cosa poco acorde con su estratégico emplazamiento.

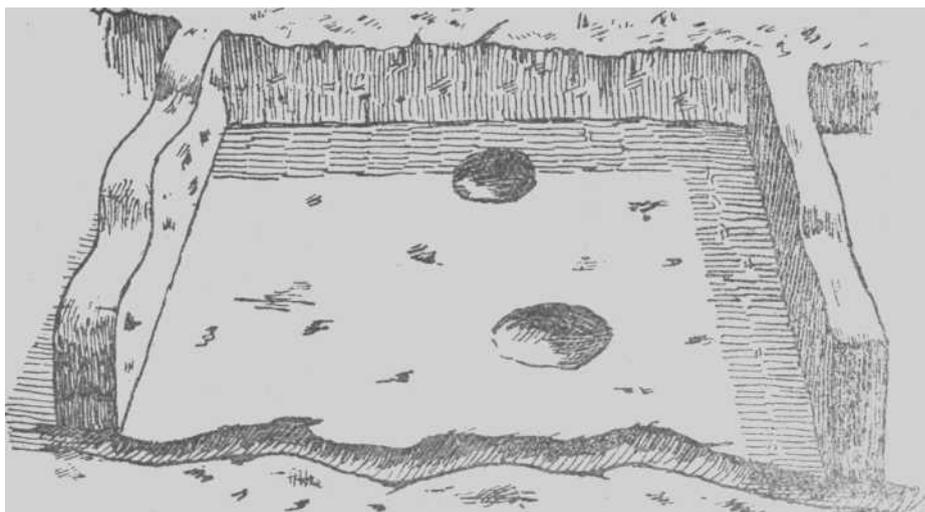
Una capa de tierra de 20 a 30 cms. de espesor cubre toda la cima rocosa y, naturalmente, entre tan débil manto se cobijan pocos restos de viviendas y escasos objetos. Las muchas catas que practicamos sólo descubrieron los rectángulos de tres habitaciones talladas en la roca dos yuxtapuestas y una separada, con el desordenado emplazamiento que impone la utilización de cimientos rupestres y una cierta cantidad de fragmentos cerámicos, pero ningún resto de paredes aisladas de manipostería (lám. II).

Como en tantas aldeas y ciudades anterromanas sus moradores prefirieron aprovechar las masas superficiales de blanda caliza para tallar el tramo interior de las viviendas a construir las de manipostería. En este caso sobresalían poco de la superficie terriza, hoy de capa tan débil como entonces, y no pudieron aprovechar para muros más que unos 60 cms. de altura de la roca junto a la pared de fondo y sólo unos 30 en la línea exterior.

Dibujamos (fig. 2 y 3) los trazos de las dos más expresivas, una, de 3'50 x 2'40 metros, con suelo llano, muros de 40 cms. de altura, huella en el ángulo NE. de un hoyo que pudo haber servido de caja a un palo vertical poco grueso, y otros dos grandes en el piso, al parecer para los pies derechos que sostendrían la cubierta, y una tortuosa canalita en la línea anterior que acaso se hizo para impedir que escurriese hacia dentro el agua pluvial, y la otra, de 3'15 x 3'40 metros aprovechando la roca para muros laterales y cerrada al fondo, donde la roca faltaba, con pared de manipostería de laja tabular. El no aparecer en la parte alta de las paredes rocosas las dejás en escalera para empalme de los materiales postizos que son habituales en las construcciones rupestres recreadas con mampostería (**Termantia**, Castro, Meca, etc.) y esa huella como de caja para un palo en el ángulo de la habitación, llevan a pensar que el vuelo sería muro formado por estacas que sirvieran de costillas a ramajes cruzados en labor de cestería que después se mantearan con barro, tipo bien conocido en España, principalmente por las excavaciones de Termantia.

Antes de ahora, uno de nosotros, tuvo ocasión de excavar algunas interesantísimas ciudades rupestres, **Termantia** (Soria)

B



A

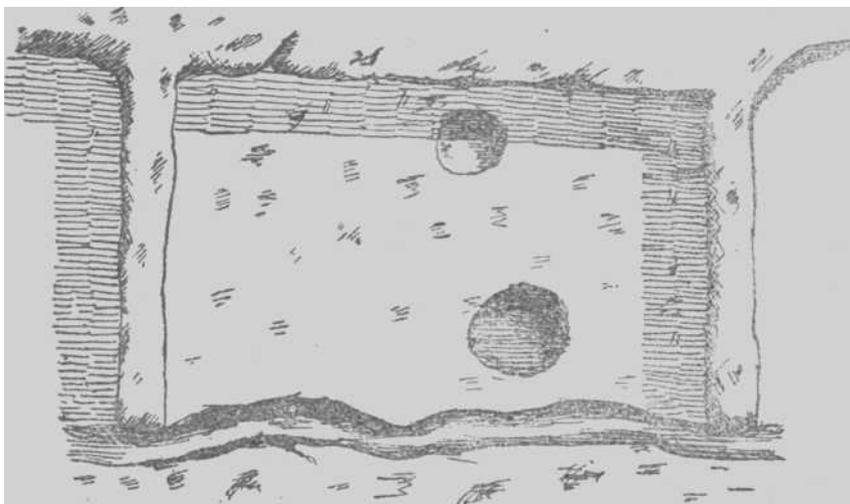


Fig. 2.—Planta y perspectiva de una habitación tallada en la roca en el castro de Leguín

Escala 1 : 50

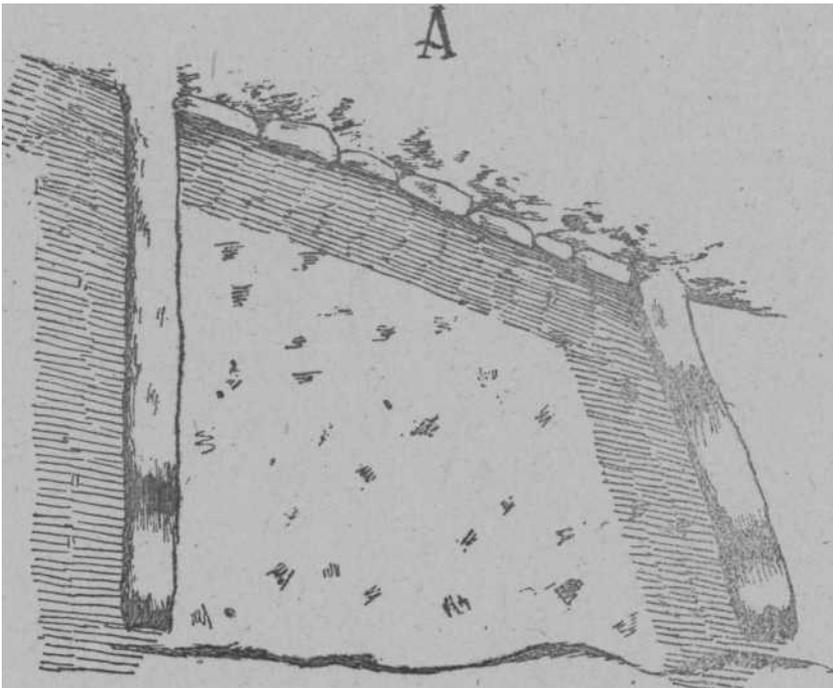
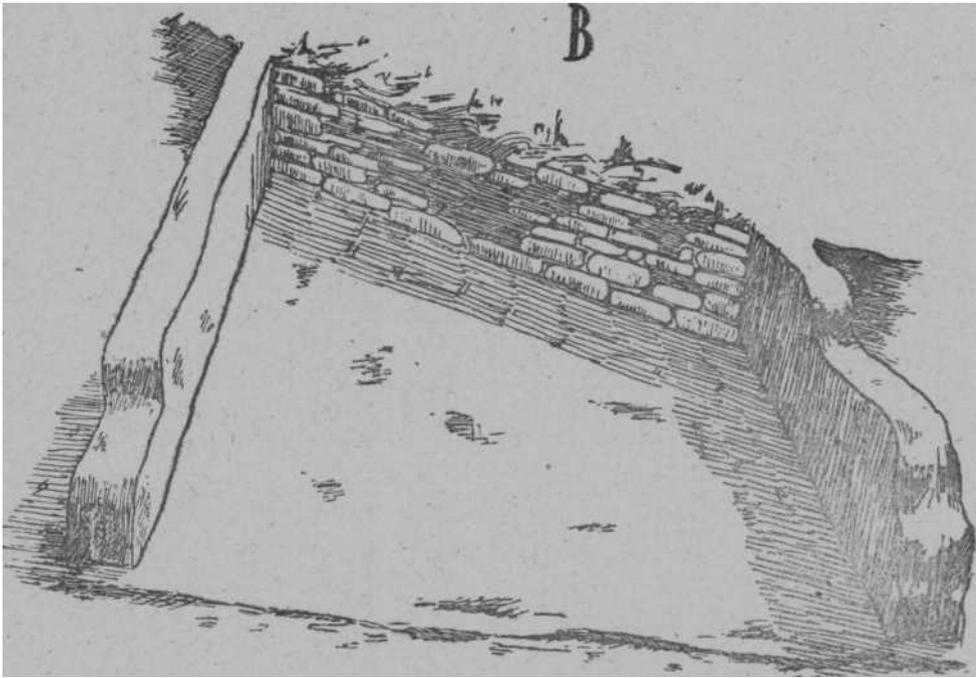


Fig. 3.—Planta y perspectiva de una habitación tallada en la roca en el castro de Leguín
[Escala 1:50]

la más calificada de tal arquitectura. **Contrebia Leukade** (en Inestrillas, Logroño), la del inmenso foso tallado en la roca, y Minateda (Albacete), de curiosísimas substrucciones, y visitar las ruinas de Meca (Valencia) y Castro (Soria), todas de la Segunda Edad del Hierro y de este mismo tipo arquitectónico aunque mucho mayores, más complicadas y mejor conservadas, y en alguna ocasión nos hemos ocupado del arte de sus viviendas que hallamos aquí una vez más (3). Su distribución geográfica en territorios españoles de tribus celtíberas e ibéricas y fuera de España en toda la cuenca del Mediterráneo y en las islas (Frigia, Capadocia, Armenia, Baleares, Malta, etc.) nos hizo entonces pensar que las construcciones rupestres no correspondían a un fenómeno histórico sino geográfico, que era consecuencia de las buenas condiciones de habitabilidad de las viviendas rocosas en las zonas de clima medio y este nuevo caso en el centro de Navarra, adonde no llegó la cultura celtíbera ni hallamos rastro de iberos, sino de gentes de origen centro-europeo, parece confirmar la exactitud de aquella apreciación.

Los hallazgos logrados fueron algunos trozos de escoria de hierro y fragmentos cerámicos que aquí, como en San Quiriaco, son de un sólo estrato y de la misma técnica morena, ordinaria, hecha sin torno, gruesa desde 7 a 15 mm. en las paredes, decorada por cordones en relieve, exactamente con los mismos perfiles que aquélla, y una mínima cantidad, aun menor que en San Quiriaco, como un 5. % de cerámica roja hecha a torno, lo que demuestra el sincronismo de ambos poblados.

LEGUIN CHIQUIL—A muy corta distancia y casi a la misma altura que Leguin, en este espolón de Leguin Chiqui nos atrajo a explorar la posibilidad de que allí se hubieran encontrado las armas y herramientas del Museo de la Cámara de Comptos. Empleamos seis jornales en cavar algunas zanjas distribuidas en superficie como de 50 metros de eje, y tan sólo en una, de 6 por 7 metros, tuvimos oportunidad de hallar restos arqueológicos en estrato único.

Aquí encontramos una sepultura infantil de inhumación, simple hoyo terrizo de dirección Norte-Sur y 60 cms. de pro-

(3) B. TARACENA. *Arquitectura Hispánica Rupestre*. Investigación y Progreso, ídem.. Carta Arqueológica de España. «Soria».

fundidad donde los huesos aparecían removidos. Junto a ellos y en la parte que debió estar la cabecera había un vaso de barro oscuro, suelo redondeado y asideros de mamelón perforado y dentro de él otro vasito hemisférico de la misma técnica. Próximos al cadáver, pero fuera de la tumba, aparecieron los mismos tuestos del tipo de Leguín.

Nada puede hacernos diferenciar la época de esta sepultura de las ruinas de Leguín o de San Quiríaco, aunque su tipo no sea el habitual en la península en la época a que tales poblados corresponden.

SANTO TOMAS. — Como a 800 metros de Leguín y a poca más altura, formando ya sobre el río el último espolón de la sierra de Sarvil que allí cae en rampa violenta, está la explanada poco extensa llamada Santo Tomás. Enlazada con la cadena de la sierra, esta cumbre de planta bien determinada se eleva sólo algunos metros sobre el istmo que por Occidente la une a la montaña, pero desde él las vertientes se acentúan en longitud hasta el lado oriental que caen al río con larga y rápida pendiente.

La cumbre de Sto. Tomás (fig. 4) es un pentágono irregular de 117 y 65 metros en los ejes mayores, y unos 5.000 metros cuadrados de superficie. Pese a que razones estratégicas aconsejarían defender con muralla la parte del istmo y que en ese tramo occidental el perfil del terreno parece acusarlo, en nuestra rápida exploración no encontramos allí resto alguno, mientras que en el NO. se conservaba en 34 metros de longitud y en todo el resto del borde N. y en la mitad SE, la gran cantidad de piedra rodada parece indicar que se ha producido su derrumbamiento. Basándonos tan sólo en el perfil del cerro suponemos que la entrada estaría en el ángulo del SO. donde se aprecia una fácil rampa de acceso.

Nuestra exploración ocupó tan sólo diez jornales y quedó limitada a limpiar algún tramo de la muralla y calicatar en diversos lugares el interior del recinto.

La muralla es de mampostería a canto seco formada con materiales rocosos en los primeros metros y lajas tabulares en el resto, de paramentos verticales y rellena de piedras, como tantas del período de La Tène y aunque hoy sólo visible en corto tramo es sin embargo suficiente para demostrar la simplici-

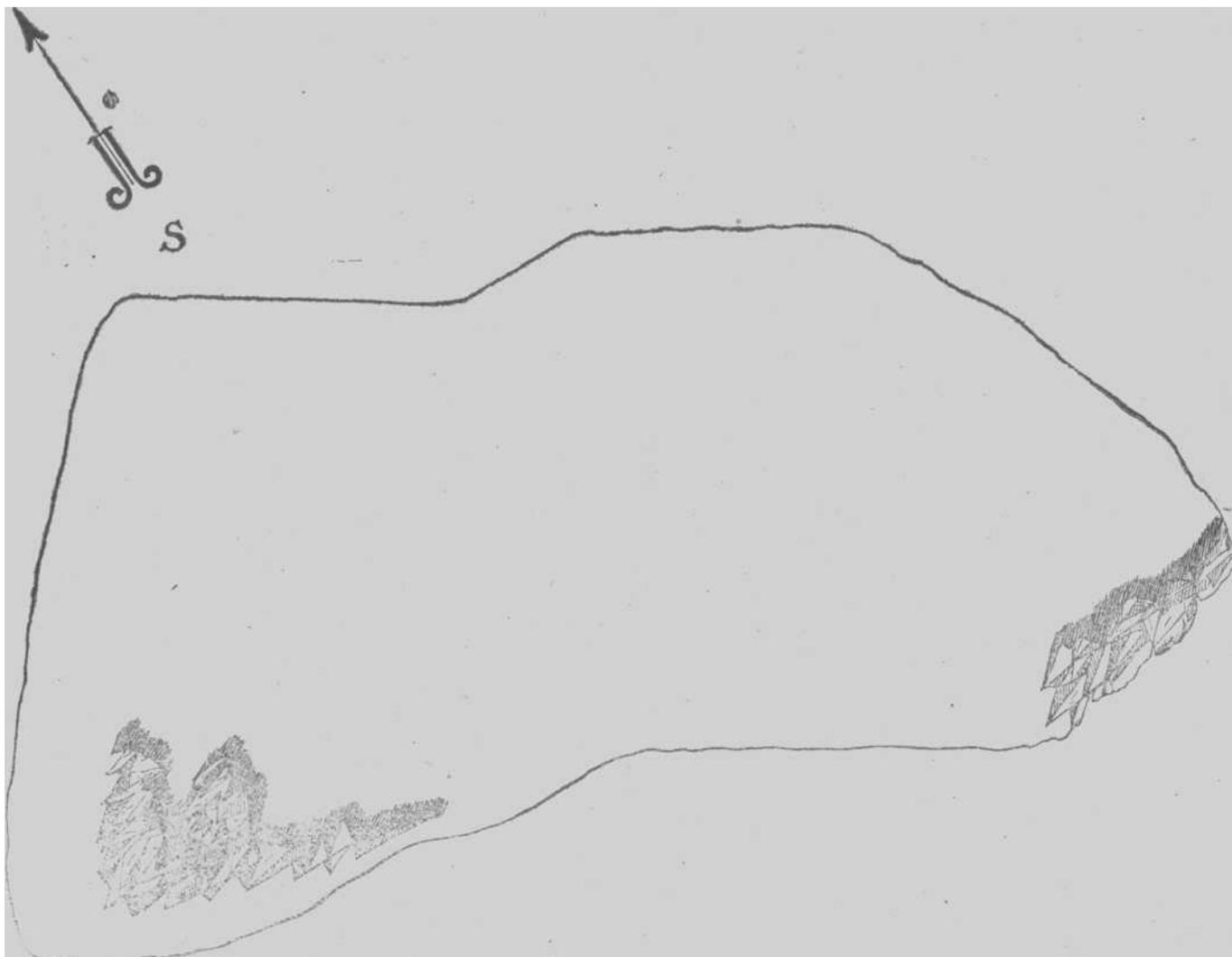


Fig. 4.—Croquis del castro de Santo Tomás — Escala 1 :677

dad de su construcción. Las diversas secciones que dibujamos (fig. 5) acusan sus distintos espesores progresivos (0'80, 1'10 y 2' 35 metros) y la poca consistencia de la obra, bien menguada en comparación con otras más o menos coetáneas de la España Central y Norte (Ocenilla, Ventosa de la Sierra, Canales de la Sierra, Calatañazor, Navarniz), en general de espesor más uniforme. En este último aspecto la de Santo Tomás guarda más relación con las del castro de Las Cogotas que con las celtibéricas.

Después de ese tramo del ángulo NO, el perfil exterior del cerro continúa acusando una ligera loma donde no queda resto de muralla aunque acaso haya existido y por la parte interna, excavado, en la blanda roca a modo de camino de ronda o trinchera, se abre un foso poco extenso, de 0'85 metros de ancho por 0'80 metros de profundidad, cuyo destino y época no es fácil determinar, pues si bien camino de ronda existe en las bien conservadas fortificaciones celtíberas de Ocenilla, y en cambio se desconoce en tantas otras coetáneas que no han conservado los adarves, es lo cierto que éste, excavado en el suelo y sólo visible en un trecho, acaso pueda ser trinchera de alguna de tantas acciones de las guerras civiles que han tenido por escenario el suelo navarro (fig. 5 G-H). En el resto del contorno ya sólo se aprecian derrumbamientos de piedras que pudieran ser materiales de la muralla y en el interior del poblado, pese a las diversas catas practicadas, no descubrimos muros, pero se hallaron con cierta abundancia los mismos tiestos cerámicos que en San Quiriaco y en Leguín (Lám. XI), algunos con botones de barro aplicados, y mezcladas en la misma densidad las técnicas morena hecha a mano y roja torneada.

Sólo dos hallazgos dignos de anotarse hubo en esta exploración. En el interior del poblado, hacia el lado NO. y a 70 cms. de profundidad, excavada en la roca y con la cabecera al Oeste apareció una sepultura infantil de inhumación, ligeramente trapecial y no antropoide, que mide 1'25 m. de larga por 0'28 en la cabecera y 0'25 en los pies y una profundidad de 22 cms. en la roca; apareció sin cubierta y sólo contenía el esqueleto de un niño. Y en el exterior del recinto inmediato a la muralla hallamos ya profanada una sepultura antropoide rupestre con la cabecera al Oeste (fig. 6).

Una vez más ante yacimientos de la segunda Edad del Hie-

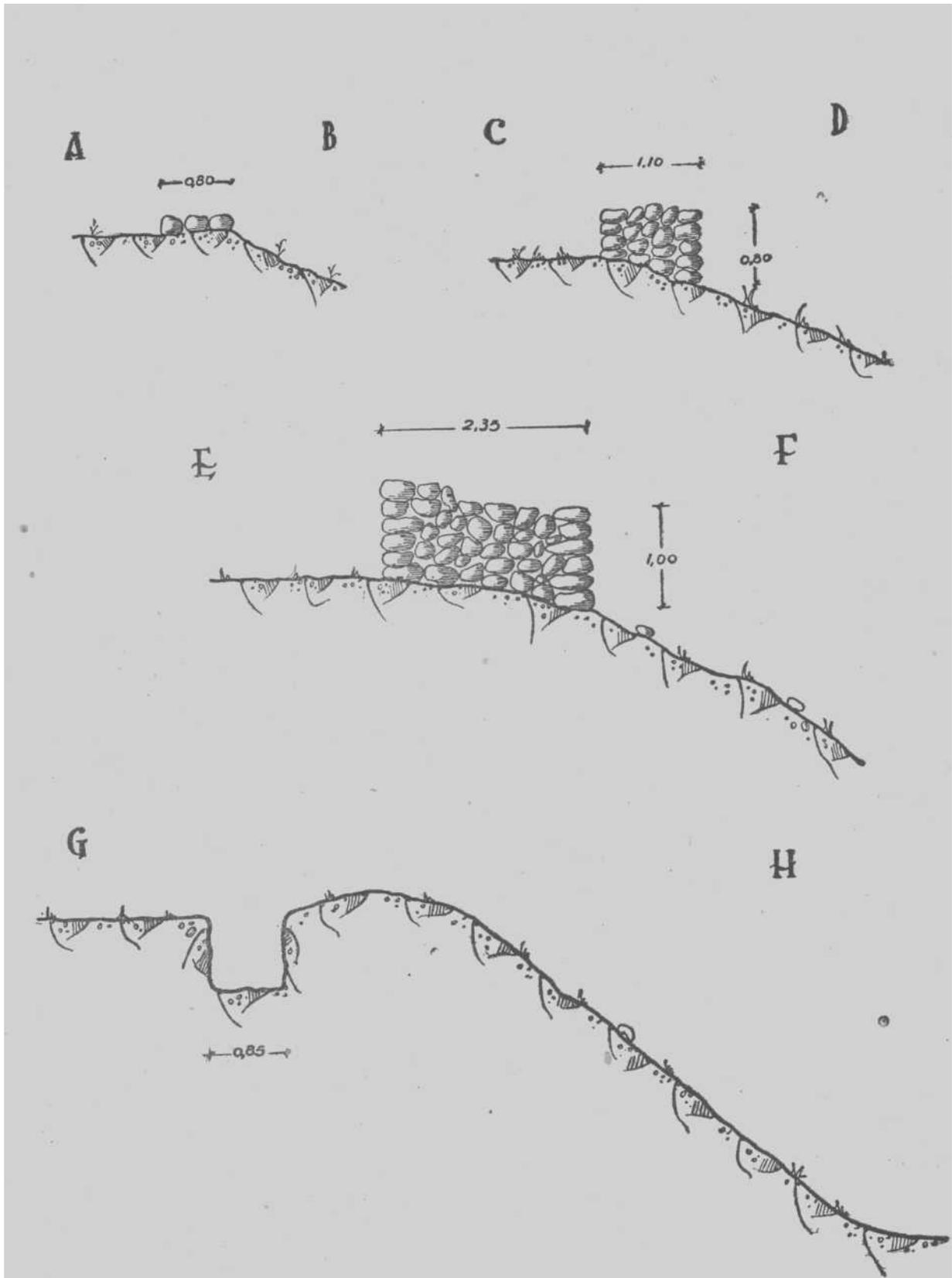


Fig. 5.—Santo Tomás.—Perfiles de la muralla

Escala 1 : 50

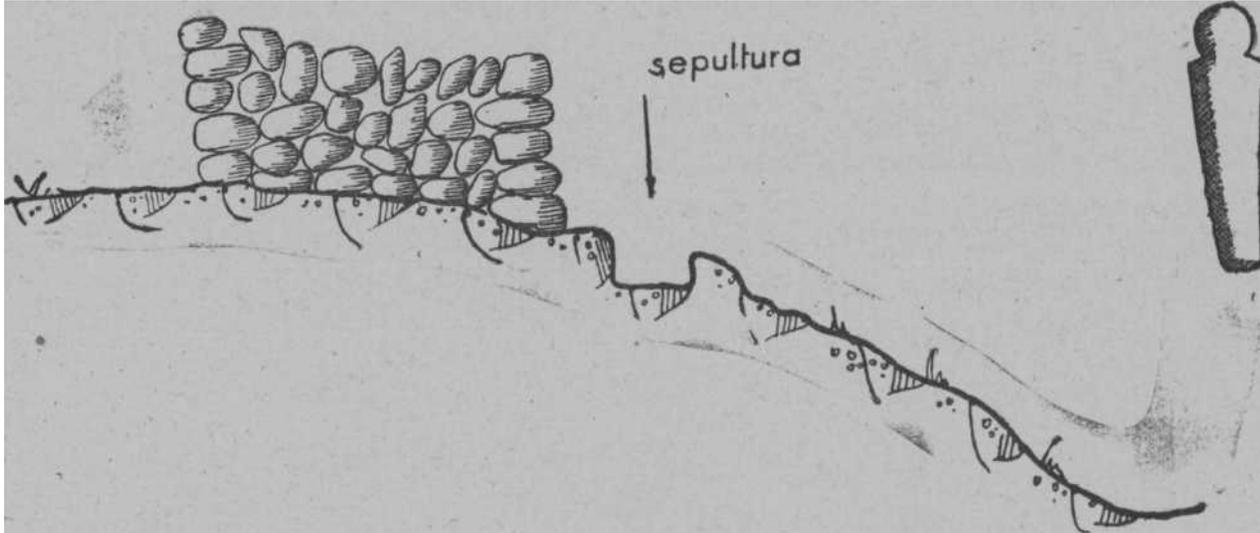


Fig. 6.—Santo Tomás.—Perfil y planta de una sepultura rupestre

Escala 1 : 50

rrro hemos de plantear la pregunta de si estas sepulturas antropoides son coetáneas o posteriores al poblado, y en caso de sincronismo si se trata de enterramientos no emplazados en la necrópolis por causas excepcionales, como un caso de asedio. A este respecto ya en otra ocasión (4) hicimos notar que tales sepulturas se hallan repetidamente junto a poblados de la segunda Edad del Hierro (Calatañazor, Castro, Numancia y Somaén en la provincia de Soria, y Minateda en la de Albacete), todos, excepto Calatañazor, de viviendas también rupestres, y aunque otras muchas sepulturas antropoides no acusan cerca ruinas prerromanas, es lógico suponer que el tipo se origine en la segunda Edad del Hierro aunque continuara en uso hasta la Edad Media. Desgraciadamente estos dos nuevos enterramientos, uno profanado y otro sin ajuar, no aclaran de modo rotundo la cuestión, pero sumados a los ya conocidos vienen a confirmar la vehemente sospecha de su sincronismo con los poblados; partiendo de esta base aquí sólo puede extrañar lo anormal del emplazamiento, menos excepcional de lo que a primera vista parece, pues si es cierto que en general los enterramientos se sitúan en necrópolis más o menos alejadas de los poblados, también se repite con cierta frecuencia el hallazgo de sepulturas de inhumación en las viviendas mismas (algunas se pueden citar en Numancia) pues quizá en la Céltica peninsular y a través de costumbres rituales apotropáicas, como conservar las cabezas de los enemigos muertos, fué menor el respeto y prevención hacia el cadáver del que hoy sentimos después de veinte siglos de cristianismo.

Los escasos y maltrechos hallazgos cerámicos de estos yacimientos acusan como tipos definidos fragmentos de numerosos ejemplares de vasos ovoides de barro moreno y ordinario, adornados inmediatamente junto a la boca con un cordón en relieve de impresiones digitales (Lám. X, d), mas los pequeños vasos morenos de finas paredes y superficie pulida encontrados en Leguín, Leguín Chiqui y Sto. Tomás los primeros mezclados en la escasa proporción de un 10 a un 5 % con tiestos de barro rojo de técnica ibérica, lo que fuerza a señalarles una fecha no anterior a los siglos V-IV antes J. C., en tanto que el perfil y técnica de esos pequeños vasos tienen sus semejantes en algunos hallaz-

(4) B. TARACENA: Carta Arqueológica de España. «Soria», pág. 16 y 17.

gos de la capa céltica de Azaila (5) que D. Juan Cabré cree posthallstática, pese a conservar caracteres tipológicos del Hallstat D, y que alcanza hasta el final del siglo II a. de J. C. opinión que aquí se ve confirmada por el sincronismo con los tiestos de técnica ibérica.

Por otra parte, la decoración cordonada de los fragmentos de vasos que forman parte del lote antiguo del Museo de Comptos (Lám. IX, h, i), tienen su inmediato paralelo en la decoración de un vaso de San Cristóbal de Maçalio (6) y el perfil de los ovoides de cordón en relieve (Lám. X, d, i), parece claramente ser una degeneración de tipos conocidos en las Escodines Baixes de Maçalio (7) y estar más próximos a los de la necrópolis de Agullana (8), que parecen corresponder a la segunda fase de aquella cerámica (hasta mediados del siglo V), después de los bicónicos (desde el siglo VIII).

Si intentamos compararles con piezas extranjeras el paralelismo resulta más fácil pues la situación del cordón inmediato a la boca se aprecia también en un vaso de Mülheim (Coblenza) hallado dentro del recinto de una sepultura rectangular, (Langgraben del Hallstatt B.) pero sin relación segura con ella (9), así como la decoración de puntos profundamente incisos de un fragmento (Lám. X, k) la vemos en el Hallstatt C de Baviera y la técnica de líneas en relieve barbotinadas de otro fragmento (Lám. X, c) es de viejo origen que arranca al menos de la Edad del Bronce.

El conjunto de hallazgos de los diversos yacimientos de Echauri plantea la interrogación del sincronismo de su cerámica con ese lote de armas y herramientas procedentes de lugar no localizado, pero si ante la coetaneidad de los castros de Leguín, Leguín Chiqui, San Quiríaco y Santo Tomás esto no repugnaría, tal sincronismo se afianza mucho más por su semejanza con los fragmentos de cerámica cordonada que con las ar-

(5) CABRE, J. La cerámica céltica de Azaila (fig. 1, 3, 4, 8 y 9). «Archivo Español de Arqueología», 1943.

(6) BOSCH CIMPERA. «Les investigacions de la cultura ibérica al Baixa Aragó». Anuari del Institut d'Estudis Catalans. 1915. 20. Fig. 462, pág. 645.

(7) BOSCH CIMPERA. Op cit. fig. 453, pág. 643.

(8) P. DE PALLOL. «Avance a los estudios de la necrópolis de Agullana». Láminas I, X y XIV. Ampurias VI, 1944.

(9) RODER, JOSEF. Der Kreisgrabenfriedhof von Mülheim. Ldkr. Koblenz. Germania, 27 Enero 1943, figs. 1, 14.

mas se encontraron y más aún por la clasificación del señor Cabré en los citados de Azaila como piezas que pueden llegar hasta el siglo III a. de J. C.

En este caso, datando las armas con cierta precisión a la cerámica de los poblados debemos clasificar estos castros como yacimientos posthallstáticos, lo que está en armonía con su pequeña extensión, su proximidad y la mezcla con cerámica de técnica ibérica.

Y pensar que los poblados de Echauri no representan un lugar de paso, sino un valle de estancia de la retrasada cultura céltica, habitados por grupos relacionados con el Bajo Aragón pero matizados por tipos cerámicos más degenerativos y por tanto de un fenómeno racial semejante al que ya apuntábamos para fecha anterior en Arguedas, demostrativo de que en estas tierras del Centro-Norte de España la cultura céltica arcaizante se estabilizó al menos hasta los siglos IV-III antes de Jesucristo.

Pese al infructuoso resultado para localizar en Echauri el hallazgo de los objetos de la Edad del Hierro conservados en el Museo de Comptos, creemos útil publicarlos en su total conjunto dedicándoles alguna mayor atención de lo que hasta hoy han merecido.

Cuando Bosch Gimpera los reprodujo en excelentes láminas fototípicas, se limitó a indicar que procedían de una necrópolis inédita, cuyo ajuar fechaba usando como único criterio la espada de antenas que forma parte del hallazgo, y que, con arreglo a la tipología por él establecida en el mismo trabajo, correspondía al primer período de la civilización post-hallstática castellana, (siglos V al segundo tercio del IV), y dentro de él al subperíodo más antiguo (a) juntamente con los objetos más antiguos de la necrópolis de Aguilar de Anguita en la meseta castellana. Más tarde, en su libro sobre la Etnología de la Península, Ibérica (Barcelona, 1932), se basa en la que llama «necrópolis post-hallstática de Echauri» (p. 521) para afirmar que los celtas entrados por Roncesvalles en el siglo VI, ocuparon el lugar estratégico de Echauri en el camino que llevaba por Estella y Logroño al territorio de los berones y por Pamplona-Tafalla-

Tarazona al comienzo del ocupado por los celtíberos (10) y no creía que pudiera pensarse en una ocupación céltica del territorio vasco, sino únicamente en la presencia de un grupo de celtas que tendrían tal vez la misión de mantener una posición estratégica y «que más tarde había de desaparecer absorbido por los pueblos indígenas de Navarra» (11). Pero la arqueología navarra de la Edad del Hierro es lo suficientemente mal conocida para que pueda parecer imprudente sentar doctrina sobre un caso aislado, y nuestros propios hallazgos de Arguedas (12) han venido a demostrarlo añadiendo nuevos elementos de complicación a los ya enmarañados del problema vasco-navarro.

Aquí hemos de limitarnos a dar una relación sumaria de los objetos del Museo de Comptos más típicos y mejor conservados, pero advertiremos ante todo, que nada autoriza a suponer que lo encontrado en Echauri al hacer la carretera fué una necrópolis, ya que hablan en contra de este supuesto de escasez de cerámica, la falta de fíbulas y la abundancia de útiles de labranza.

- 1.—ESPADAS. — Espada de antenas, del tipo A a2, en la tipología de Bosch (*Los Celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica*, fig. 4, p. 266). Su paralelo más cercano lo encontramos en la de Aguilar de Anguita reproducida por Sandars (*The Weapons of the Iberians*, pág. 17, fig. 5). Conserva parte de la vaina de hierro (lám. III b).
- 2.—Espada de hierro con larga espiga del tipo La Tène I (lám. IV c).
- 3.—Hoja de Espada del mismo tipo de la anterior aunque de mayor tamaño. Carece de espiga por rotura (lám. III d).
- 4.—Fragmento de chapa de hierro que formó parte de una vaina de espada (lám. IV e).
- 5.—Estoque (?) de hierro, con hoja de forma lanceolada y empuñadura estrecha de hierro retorcido, formando una pieza con la hoja. No conocemos paralelo para este objeto, y no nos atrevemos a fijar la clasificación como arma o instrumento (lám. III c).

PUNTAS DE LANZA O JAVALINA. — Agrupamos estas dos clases de armas, que, usadas realmente una y otra como armas arrojadas, no resulta fácil y en la mayoría de los casos sería arbitrario separar. Se diferencian sobre todo, por la longitud de la hoja que suele llevar un nervio central, que representa la prolonación del cañón en que entraba el asta. La forma de la hoja varía mucho así como también el grueso del nervio central que suele ser mayor en los ejemplares de hoja más corta. Pueden

(10) Etnología, p. 532, 536

(11) *Ibidem*, págs. 130 y 473.

(12) Excavaciones en Navarra. I Exploración del «Castejón», de Arguedas.

- verse términos de comparación en las formas dibujadas por Sandars (loc. cit. fig. 42, pág. 66; aunque sin precedencias). Las formas más estrechas y alargadas recuerdan otras hallstáticas de la necrópolis de Avezac-Prat. (Dechelette. *Age du fer*, p. 745, fig. 288, 2 y 3). Las puntas de forma cónica más o menos prolongada parecen haber servido en algunos casos de puntas de javalina y en otros de contera de lanza.
- 6.—Punta de lanza, larga y estrecha, con ensanchamiento en la base junto al comienzo del cañón (lám. V h).
 - 7.—Punta de lanza del tipo de la anterior, hoja más corta y cañón más largo (lám. III a).
 - 8.—Punta de lanza con hoja de sección cuadrangular (lám. IV d).
 - 9.—Punta de jabalina, de forma cónica (lám. VI n).
 - 10.—Punta de jabalina (lám. V e).
 - 11.—Contera de lanza (?) (lám. VI h).
 - 12-17.—Puntas de lanza de diferentes formas y tamaños. Todas ellas se caracterizan por tener el cañón en que penetra el asta perfectamente diferenciado de la hoja y prolongado en un nervio central que llega hasta la punta. Todos estos tipos se dan en el período de La Tène II y algunos ya en el Hallstatt (láms. V i, f, k, VI b, c).
 - 18.—Punta de flecha (?). Forma aproximadamente triangular, sin barbas y con espiga larga (lám. VI d).
 - 19 y 20.—Piezas de abrazadera de escudo (J. Cabré, *La Cetra y el Scutum*, *Bol. del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, de la Universidad de Valladolid VI (1939-1940). Lám. XII, con materiales de la necrópolis de La Osera y Las Cogotas; y Taracena, M. J. *Superior de Excavaciones n.º 119 (1931) lám. IX*; encontradas en La Mercadera) láms. VI k y IX f).
 - 21.—FRENOS DE CABALLO. — Tipo más frecuente en la Edad del Hierro europea (J. Dechelette, *Manuel*, II, p. 1.199 y fig. 511), que aquí, como en otra pieza completamente análoga de Aguilar de Anguita, reproducida por Sandars, *The Weapons*, láms. XIII, 3, ofrece la particularidad de las dobles anillas de distinto tamaño (lám. VII e).
 - 22.—Es una variante del tipo característico en la arqueología peninsular de la Edad del Hierro de camas lunadas, que en este ejemplar adoptan una forma más angular. La barra larga articulada a uno de los extremos de la embocadura haría el papel de barbada. También aquí las pequeñas anillas servirían para la falsa rienda (lám. VII a).
 - 23.—UTILS DE LABRANZA. — Hoz (?). La forma y longitud de la hoja hacen pensar en este destino, pero la forma de enmangado no es la adecuada (lám. VIII e).
 - 24 a 28.—Escardillos (lám. VIII f, c, h, b, m).
 - 29.—Reja de arado. Es de tipo de lengua ancha y corta como la encontrada en Geras (Ayto. de la Pola de Gordón) con otros instrumentos de hierro (*Cf. Atlantis* 16 (1941) 182-185) y la que reproduce Déchelette, *Manuel* II, p. 1.379, fig. 610, 3, encontrada en Idria (Goritzia), en conjuntos de la Tène III (lám. VIII).

El examen del conjunto del material de hierro y cerámica de Echauri, obliga a pensar que la espada de antenas sin duda representa dentro de él un tipo arcaico que de ninguna manera puede utilizarse para fecharlo todo en un momento temprano de la segunda Edad del Hierro española tanto más cuanto como también hemos dicho, nada tampoco autoriza a suponer que fuese una necrópolis y más bien se debe pensar en un depósito, posiblemente de herrero. Esto explicará la ausencia casi total de cerámica representada en el Museo de Comptos por unos pocos fragmentos poco expresivos (lám. IX h, i) de los tipos que hemos recogido abundantemente en nuestra exploración, que son suficientes para demostrar que no se encontró otra cosa de mayor entidad y que la falta de cerámica no puede atribuirse a que ésta fuese despreciada por parte de quienes recogieron los demás objetos.

Los útiles agrícolas indican una fecha baja dentro de la cultura de la Tène continental, especialmente la reja de arado, ya que esta última no ha sido señalada hasta ahora más que en los medios del tercer período de dicha cultura.

A través de esta rápida excursión por las diversas ruinas de Echauri, debemos discrepar de las hipótesis hasta ahora emitidas, no sólo en que el lote de hierros del Museo de la Cámara de Comptos no pertenece a una necrópolis, sino también en la significación de aquellos yacimientos.

En efecto, los restos de cuatro poblados, tres de ellos al menos de tan definido contorno, en tan reducido espacio de terreno, alejan la posibilidad de que sean establecimientos transitorios célticos custodiando uno de los caminos de penetración en la Península, ya que su escasa población les hacía ineficaces para luchar frente a contingentes un poco densos y por el contrario esa atomización habla de un asentamiento permanente. Aldeas tan pequeñas, en lugares estratégicos, son también los castros célticos de la serranía soriana, donde nada acredita que vigilen caminos de invasión.

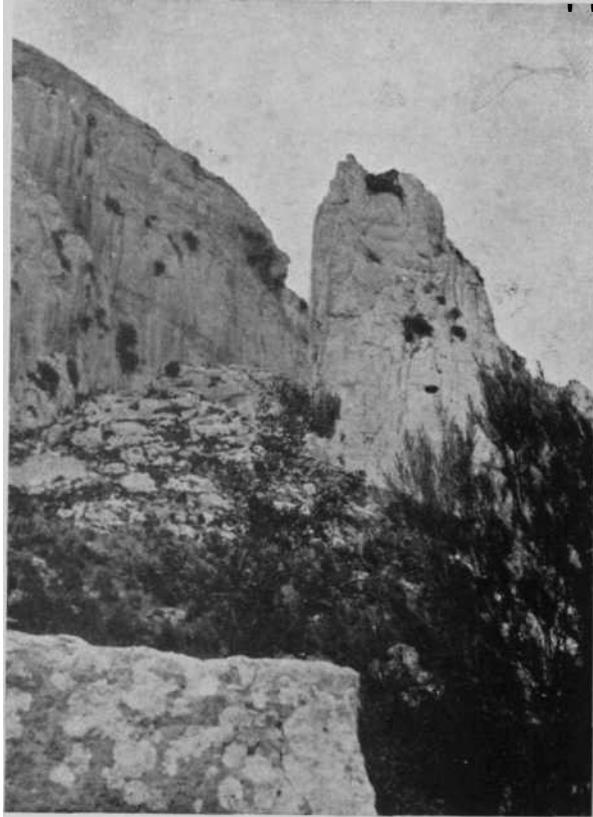
Por otra parte, la fecha posterior al siglo IV, que el conjunto de los hierros acredita, no contradice sino que coincide con la que puede suponerse a la mezcla de gran porcentaje de cerámica ordinaria y perfiles arcaicos célticos, de Hallstall, con menor densidad de tiestos rojos torneados más modernos, mezcla que acusa un fondo de población arcaizante, lento en evolucionar.

Arguedas y Echauri constituyen hasta ahora los únicos yacimientos objetivamente conocidos de la Edad del Hierro en Navarra y las industrias de sus cinco estaciones son de tipos centro europeos, ilíricos o célticos, pero no mediterráneos. Ello nos induce a dejar en suspenso la hipótesis generalmente aceptada del iberismo de los vascones y en tanto nuevos descubrimientos no lo contradigan, pensar que quienes habitaron en Navarra durante la Edad del Hierro tenían cultura de tipo centro europeo, bien por ser este su origen étnico, o por estar su étnica primitiva fuertemente influida por la de los pueblos invasores.

B. Taracena Aguirre

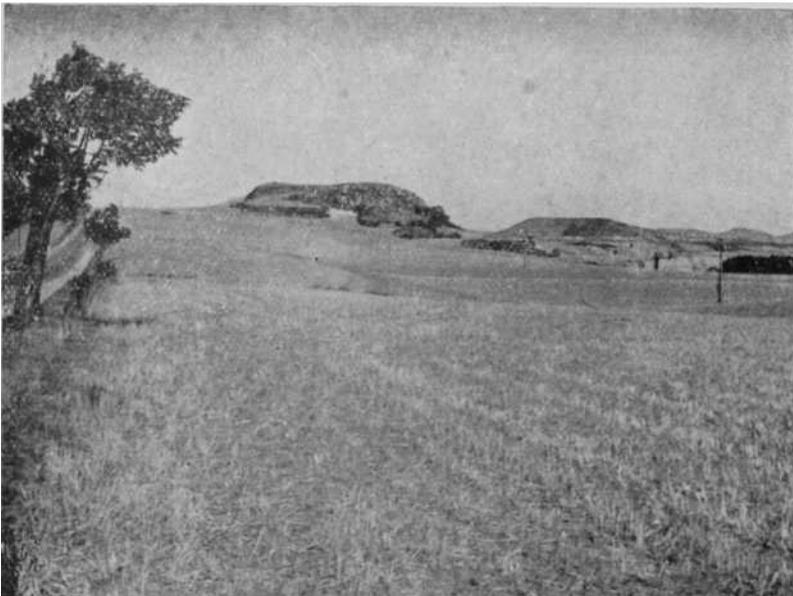
L. Vázquez de Parga

Lámina I. A



ECHAURI: Pasillo rocoso de San Quiríaco

Lámina I. B



ECHAURI: Los cerros de Leguín y Leguín Chiqui desde la carretera de Pamplona

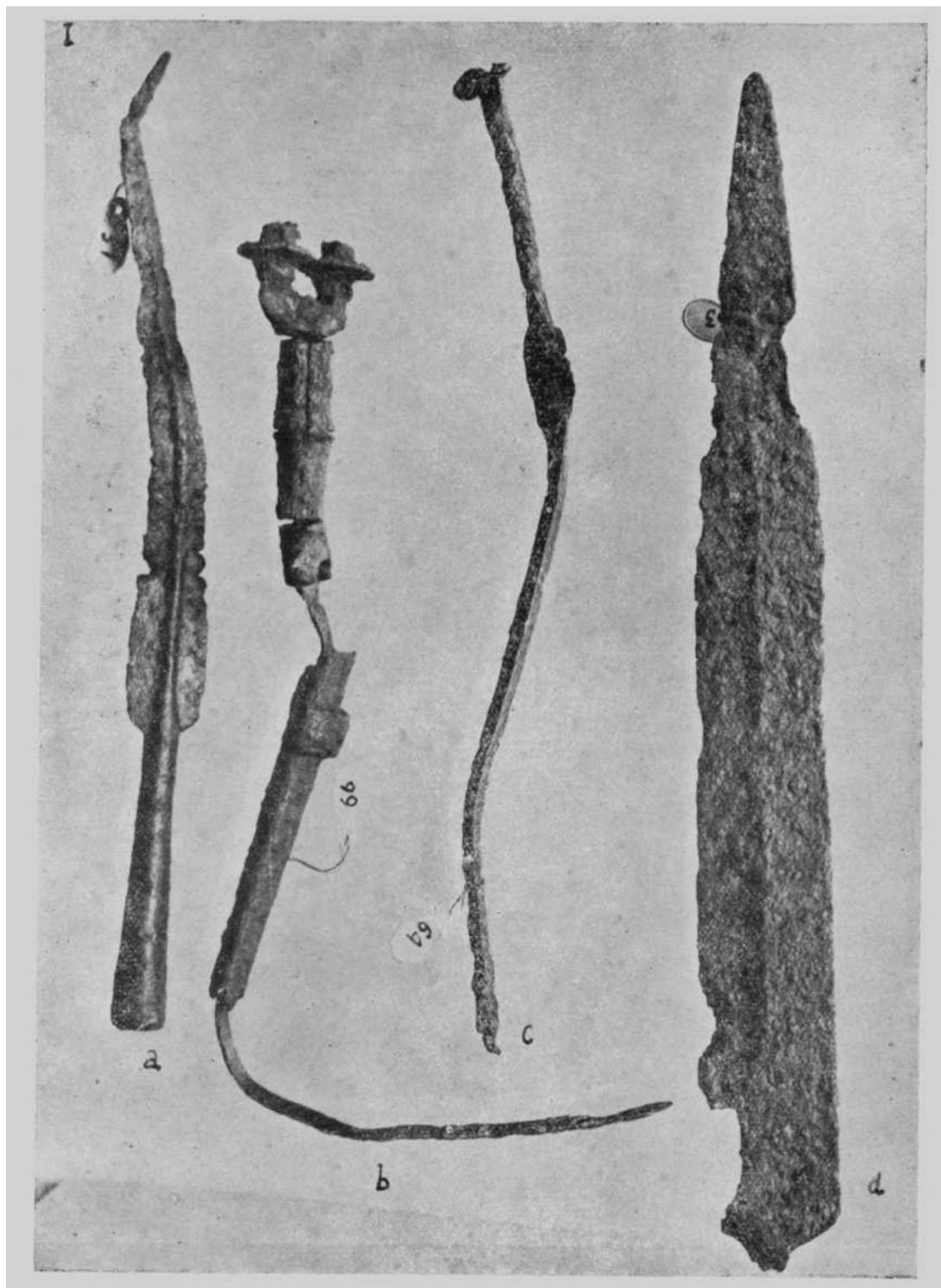
Lámina II. A



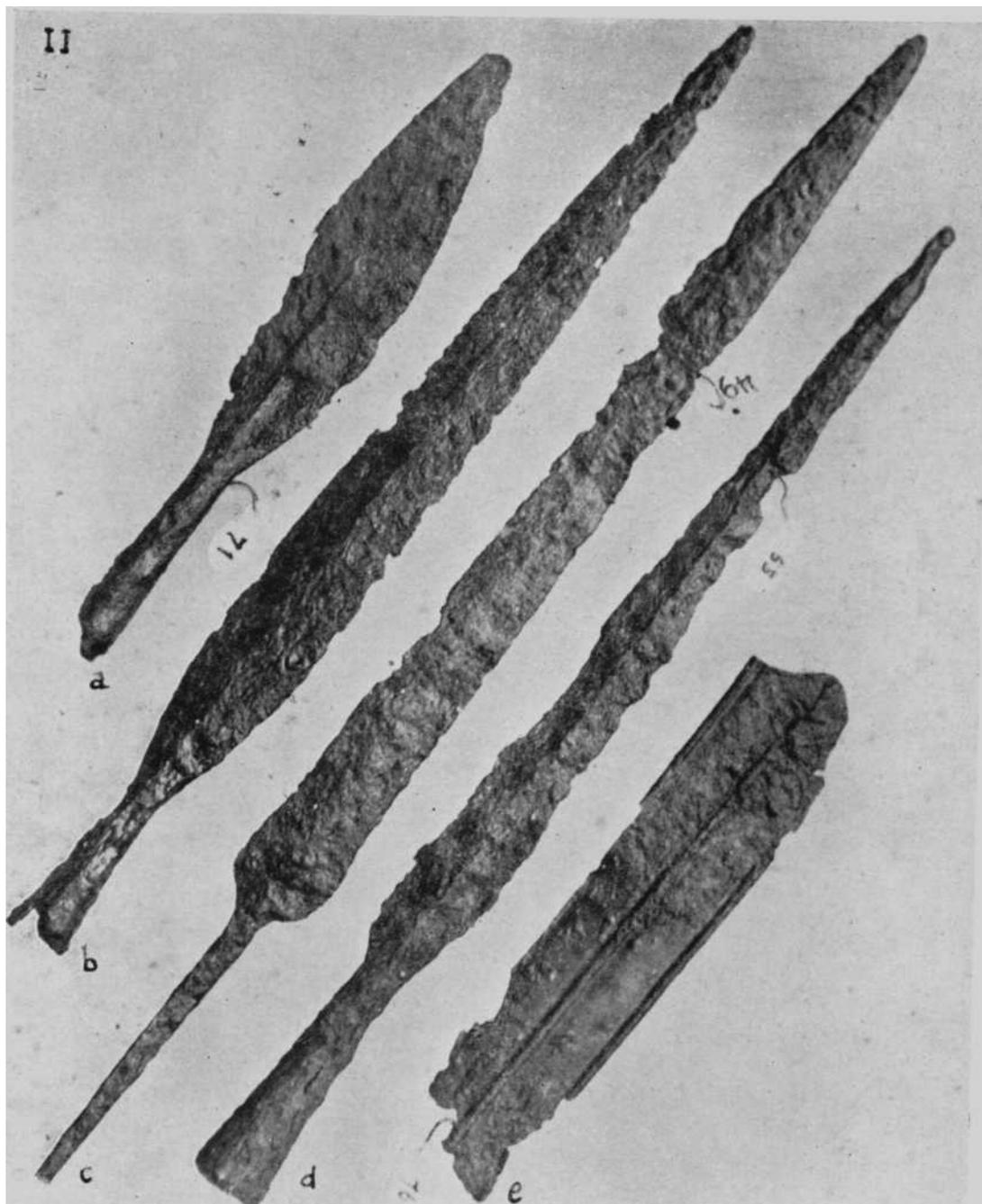
Lámina II. B



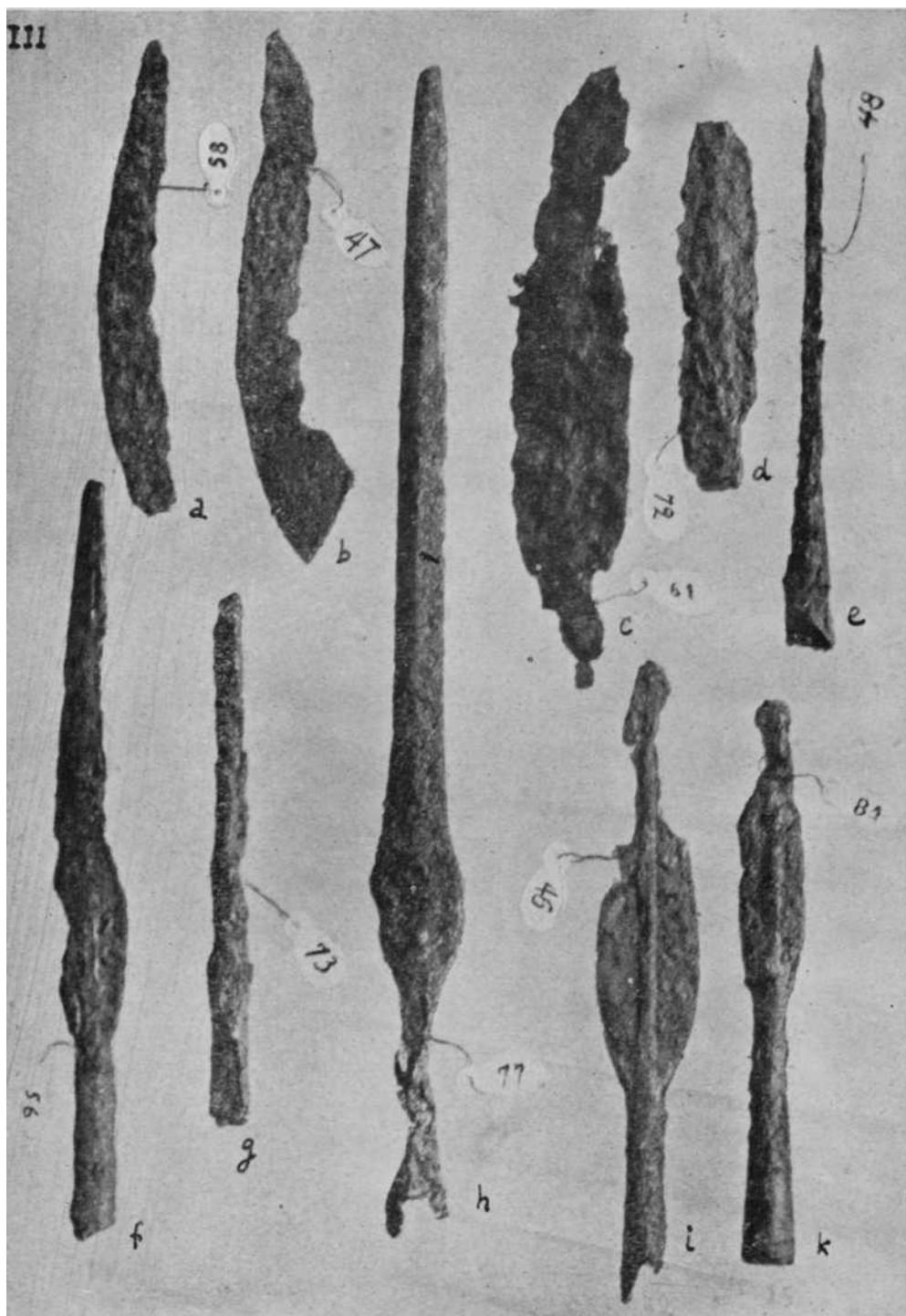
Castro de Leguín. Habitaciones talladas en la roca



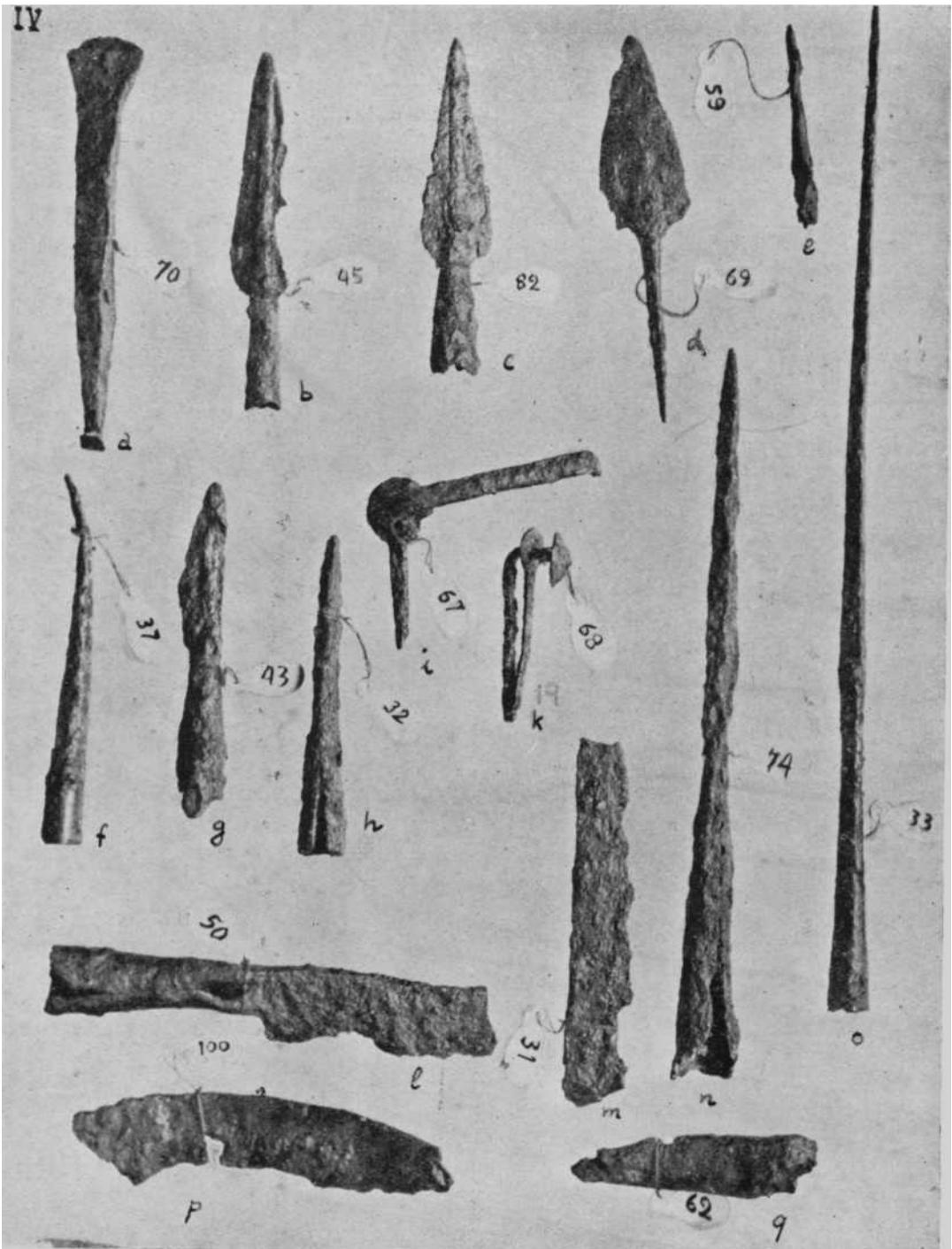
Museo de Comptos. Armas de Echaui, de la Edad del Hierro



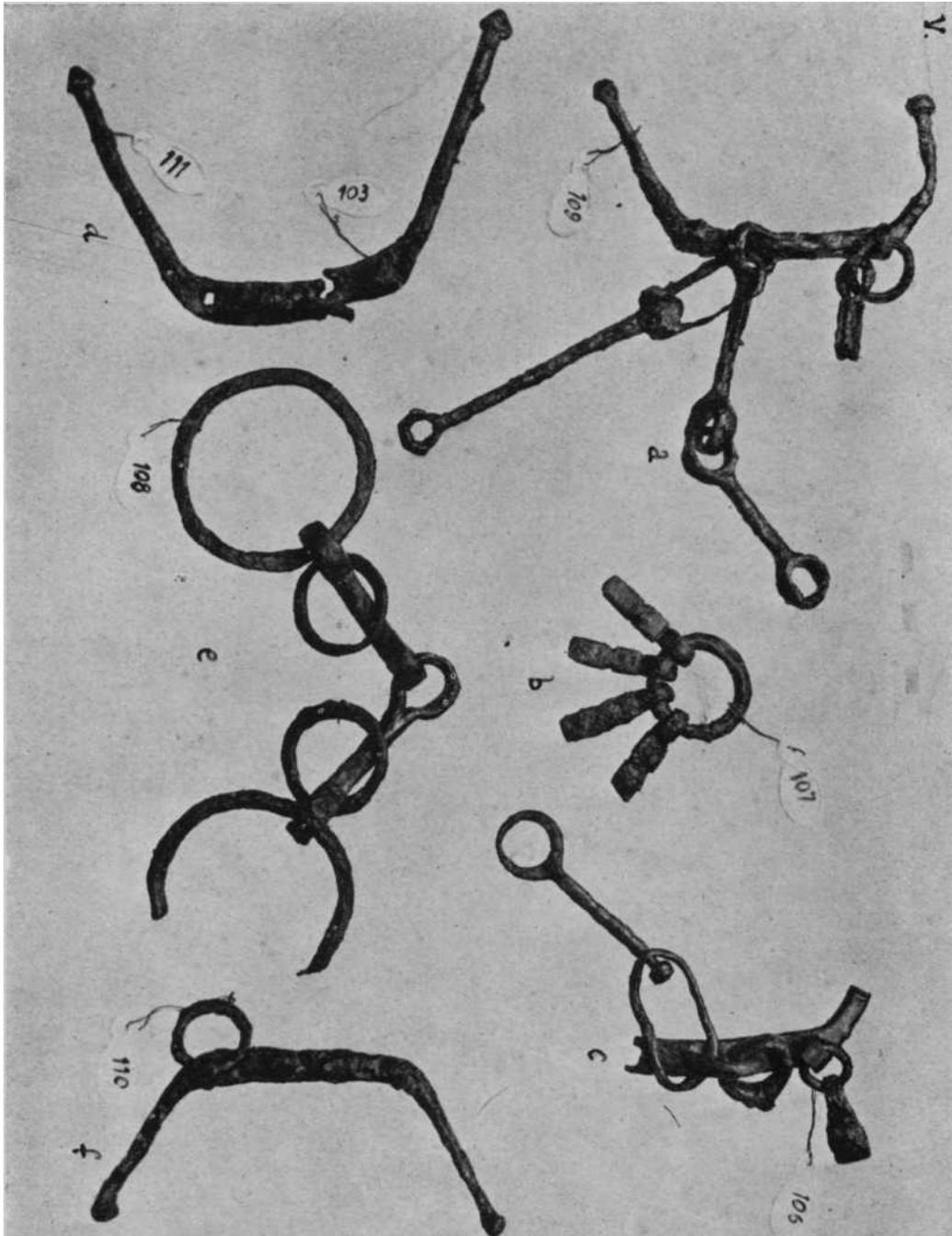
Museo de Comptos Armas de Echaurren, de la Edad del Hierro



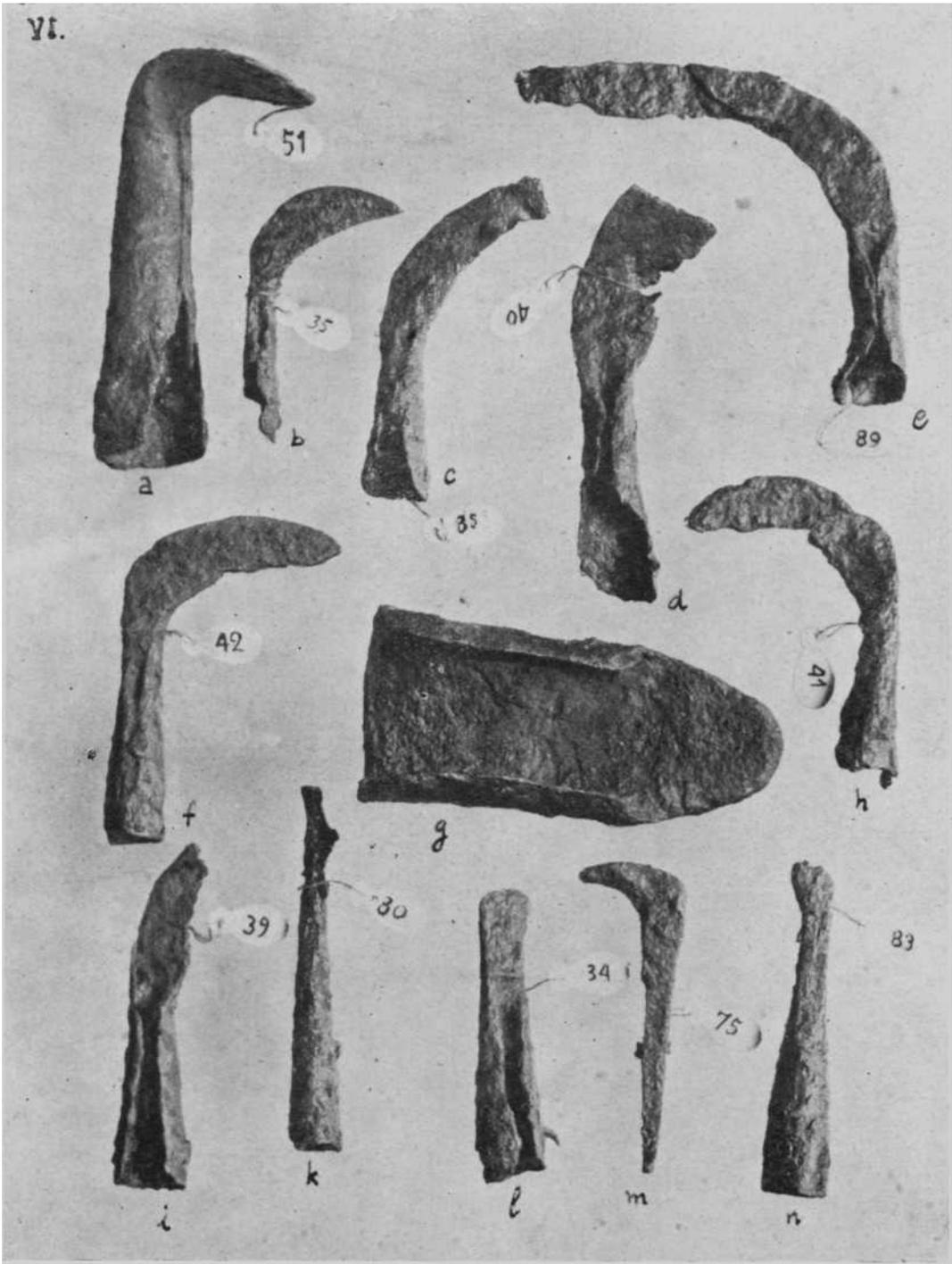
Museo de Comptos. Armas y herramientas de la Edad del Hierro, encontrados en Echauri



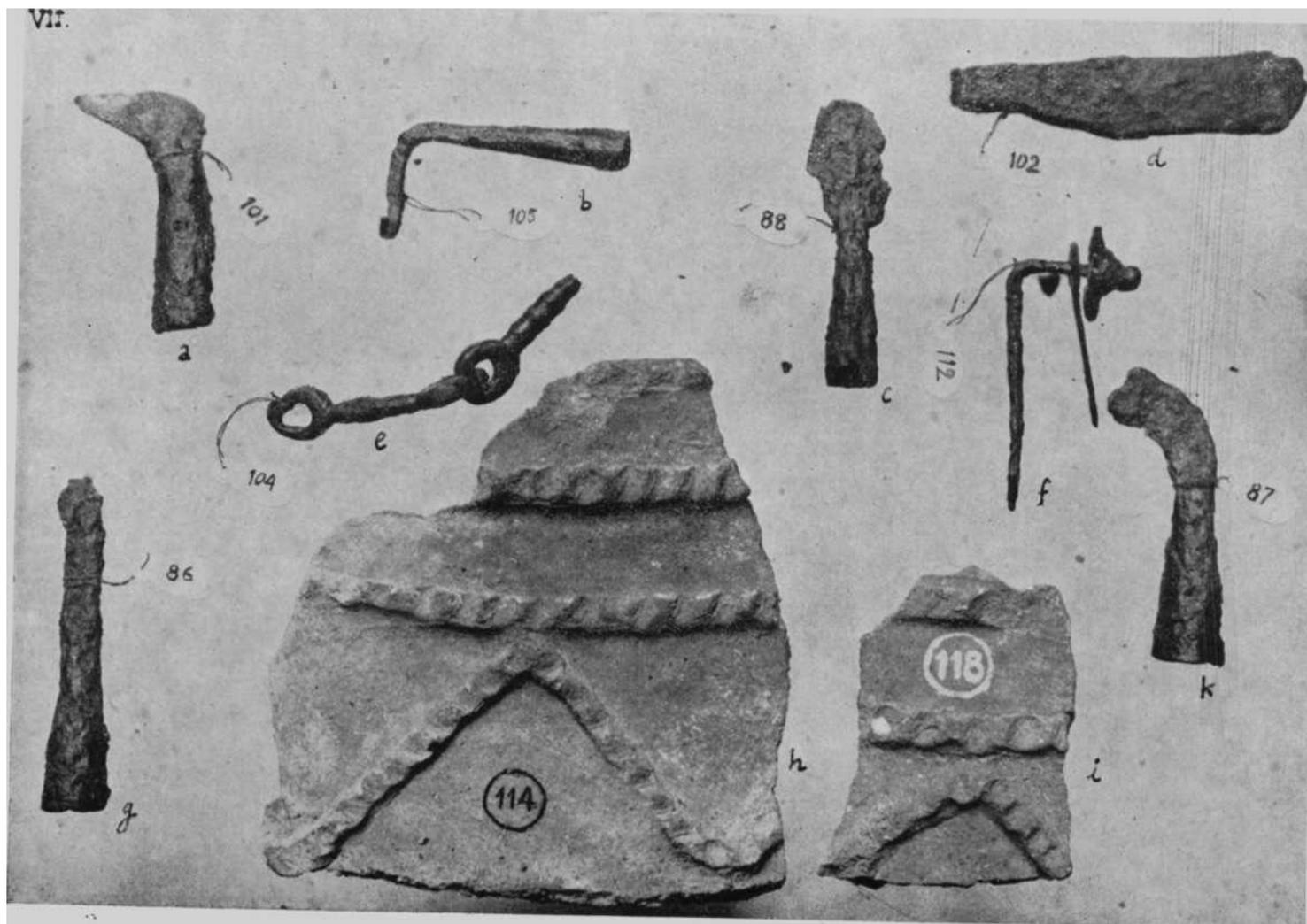
Museo de Comptos. Armas y herramientas de la Edad del Hierro, encontradas en Echauri



Museo de Comptos. Restos de frenos de caballo, de la Edad del Hierro, encontrados en Echauri



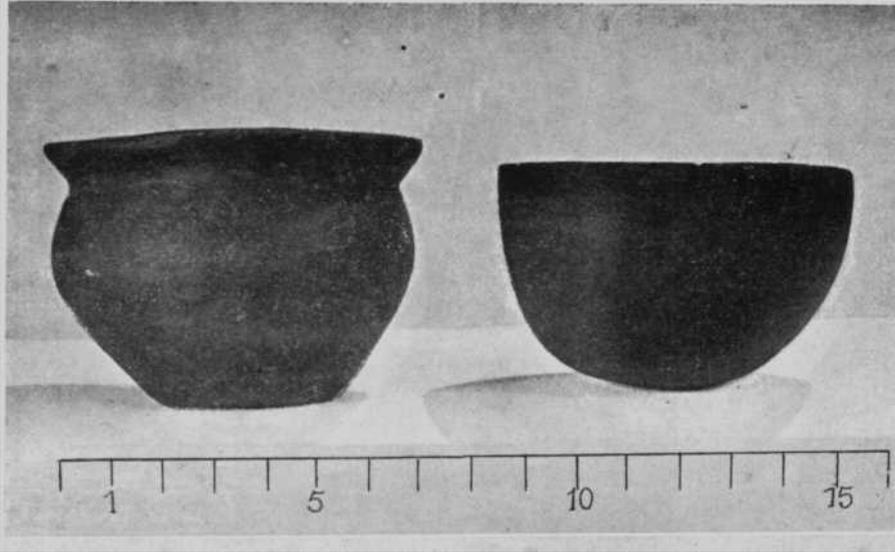
Museo de Comptos. Utiles de labranza, de la Edad del Hierro, encontrados en Echauri



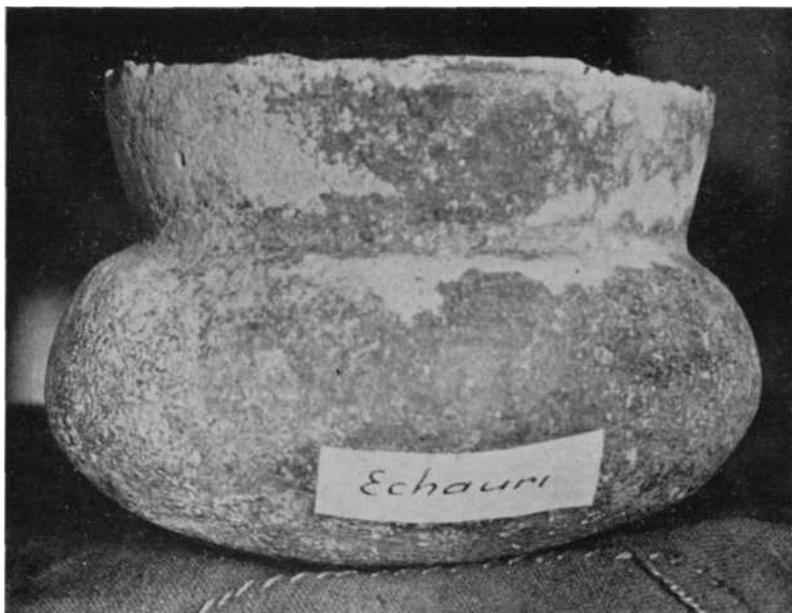
Museo de Comptos. Cerámica, armas y herramientas de la Edad del Hierro, encontradas en Echaurren



Museo de Comptos. Objetos varios arqueológicos procedentes de Echaurren



Vasitos de barro moreno hallados en el castro de Santo Tomás



Vaso de barro gris encontrado en la cantera de Echauri en 1944.
Tamaño natural

Foto Archivo José E. Uranga



Vista general del valle del Arga desde la carretera, debajo
de la ermita de San Quiriaco